

## CAPITULO V.

### CAMPAÑA Y MARCHA DE NAPOLEON.

#### RETIRADA DE LOS INGLESES.

#### SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.

1808.—1809.

Situacion del ejército inglés.—Perplejidad de Sir John Moore.—Sale de Salamanca camino de Valladolid.—Tuerce á Mayorga, y porqué.—Unensele Baird y la Romana.—Posicion y movimiento del mariscal Soult.—Napoleon y el ejército imperial: paso penoso del Guadarrama.—Retrocede el ejército inglés.—Indisciplina y escesos de la tropa.—Quebranto del marqués de la Romana en Mansilla de las Mulas.—Reunion de ingleses y españoles en Astorga.—Lastimosa retirada de unos y otros á Galicia.—Desórdenes y pérdidas.—Napoleon en Astorga.—Noticias que recibe de Austria.—Vuelve á Valladolid.—Su conducta en esta ciudad.—Regresa precipitadamente á Francia.—Segunda entrada de José en Madrid: jura y reconocimiento.—Persigue Soult á los ingleses.—Batalla de la Coruña.—Muerte de Moore.—Se reembarcan en aquel puerto.—Entran los franceses.—Apodéranse del Ferrol.—Se ensañorean de Galicia.—Romana en la frontera de Portugal.—Ejército del centro.—El Infantado: Venegas.—Desastre de Uclés.—Horribles demasías y crueldades de los franceses en aquella villa.—Huye el Infantado á Murcia, y después hácia Sierra-Morena.—Sucesos de Cataluña.—Reemplaza Vives al marqués de Palacio.—Estrech y bloquea á Barcelona: apuro de Duhesme.—Llegada de Saint-Cyr con el séptimo cuerpo á Cataluña.—Sitio y toma de Rosas por los franceses.—Socorren á Barcelona.—Accio-

nes de Llinás y de Molins de Rey funestas á los españoles.—Retíranse á Tarragona.—Reemplaza Reding á Vives.—Dominan los franceses el Principado.—Segundo sitio de Zaragoza.—Fortificaciones y medios de defensa.—Fuerzas de sitiadores y sitiados.—Primeros ataques.—Pérdida del monte Torrero.—Mortier, Suchet, Moncey, Junot.—Sangriento combate del convento de San José y del ante-puente del Huerva.—Zaragoza circunvalada.—Bombardeo: nuevos combates: epidemia: heroismo de los zaragozanos.—Partidas fuera de la ciudad.—Es asaltada la poblacion por tres puntos.—Resistencia admirable.—Lannes general en jefe del ejército sitiador.—Mortífero ataque del arrabal.—Minas, contraminas, voladuras de conventos y casas.—Porfiada lucha en cada casa y en cada habitacion.—Estragos horribles de la epidemia: espantosa mortandad: firmeza de los zaragozanos: Palafox enfermo.—Disgusto y murmuraciones de los franceses.—Ultimos ataques y voladuras.—Capitulacion.—Elogios de este memorable sitio hechos por los enemigos.—Cuadro desgarrador que presentaba la ciudad.—Resultado general de esta segunda campaña.

Colocado Napoleon en la pequeña villa de Chamarín, como si dijéramos en un arrabal de la capital del reino; no desatendiendo desde allí los grandes negocios de Europa; obrando como soberano de España; espidiendo decretos imperiales y estableciendo radicales reformas en el sistema político y económico del reino; creando cuerpos de guardia nacional en Madrid y en las grandes poblaciones ocupadas por los franceses, para la conservacion del orden público interior <sup>(1)</sup>; pero fija mas principal y asiduamente

(1) Por un decreto, de que no hemos hecho mérito antes, y del cual nada hemos visto que digan tampoco otros historiadores, se mandaba la formacion en Madrid de cuatro batallones y un escuadron de guardias nacionales, á cuyo efecto se dividia la villa en cuatro cuarteles ó barrios. Se mandaba además organizar un



su atención en la manera de destruir el ejército inglés de España, objeto preferente de su animosidad como todo lo que pertenecía á la nación británica, indicó la proximidad de su movimiento pasando revista á las puertas de Madrid (19 de diciembre) á setenta mil hombres de buenas tropas. En efecto, á los dos días, quedando de ellas diez mil para la guarnición de la capital, fortificado el Retiro, y nombrado lugarteniente suyo su hermano José, partió con sesenta mil hombres camino de Guadarrama. Del plan que se propusiera nada se sabía, porque el sigilo era una parte esencial de su sistema, y no permitía publicar nada referente á operaciones militares sino cuando ya estaban ejecutadas, y no podía haber en ello ningun peligro.

El general inglés sir John Moore, que, como dijimos, se habia situado desde noviembre en Salamanca, donde con mucho trabajo y teniendo que hacer un gran rodeo se le habian unido la artillería y caballería conducidas por sir John Hope; teniendo en Astorga la división mandada por sir David Baird; acobardado con las noticias que iba recibiendo de las derrotas de los españoles en Espinosa, en Burgos y en Tudela; no

batallon en cada una de las poblaciones siguientes: Toledo, Talavera, Alcalá, Guadalupe, Aranjuez, Valladolid, Segovia, Avila, Palencia, Castrojeriz, Reinosa, Santander, Aranda, Burgos, Bilbao, Logroño, en una palabra, en todas las capitales y grandes poblaciones en que dominaban. El decreto concluía: «En mi campo imperial de Madrid el 15 de diciembre de 1808.»—Gaceta del 22 de diciembre.

hallando, porque no podia hallarle entonces, en los pueblos de España aquel entusiasmo que le habian pintado; temiendo ser envuelto por superiores fuerzas imperiales; tentado á retirarse á Portugal y previniendo ya á Baird que desde Astorga retrocediera á Galicia; pero vivamente excitado por la Junta Central, y principalmente por el ministro británico Frère para que acudiera al socorro de Madrid; vacilante y perplejo, pero de nuevo y sin cesar estimulado á moverse en ayuda de los ejércitos españoles; ignorante todavía de la rendición de la capital, partió al fin de Salamanca (12 de diciembre) camino de Valladolid. Súpola en Alaejos á los dos días por un pliego interceptado á un oficial francés, el cual iba dirigido al mariscal Soult, previniéndole que arrinconara á los españoles en Galicia y ocupara la tierra llana de Zamora y de Leon. Con estas noticias, que le sorprendieron, varió de dirección Moore, y en vez de proseguir hacia Valladolid tomó á la izquierda para unirse con Baird que estaba en Astorga y con el marqués de la Romana que se hallaba en Leon, y juntos deshacer el cuerpo del mariscal Soult antes que Napoleon penetrara en Castilla la Vieja.

Uniósele en efecto Baird en Mayorga (20 de diciembre), juntando así un cuerpo de veinte y tres mil infantes y dos mil trescientos caballos. En cuanto á la Romana, que habia estado resuelto á retirarse á Galicia si Baird lo hubiera hecho, cooperó á la nueva com-



binacion del general inglés, moviéndose de León hácia Cea con ocho mil hombres, únicas tropas regulares de los diez y seis mil que mandaba. El 21 sentaron los ingleses su cuartel general en Sahagun, cerca de aquella villa. El mariscal Soult, que con diez y ocho mil hombres andaba por aquellos contornos, sabedor de tales movimientos replegóse sobre Carrion, como á quien no convenia aventurar batalla contra superiores fuerzas; y aun habria retrocedido más si los ingleses hubieran querido perseguirle, porque cuanto más terreno éstos ganáran por aquella parte, más se comprometian. Conocíanlo ellos bien, puesto que cuando les avisó el marqués de la Romana la salida de Napoleon de Madrid, comenzaron el 24 á retirarse hácia Galicia en dos columnas, dirigiéndose la una á Valencia de Don Juan, la otra á Benavente por el puente de Castro Gonzalo.

En aquellos mismos dias, los mas crudos del año, pugnaban las tropas imperiales por franquear la sierra de Guadarrama en medio de nieves y ventiscas y con un frío de nueve grados bajo cero. «Viendo Napoleon, dice un historiador francés, que su guardia se aglomeraba á la entrada de las gargantas, donde se atascaban tambien las cureñas de la artillería, corrió á caballo á la cabeza de la columna. Los paisanos decian que era imposible seguir; mas para el vencedor de los Alpes no habia obstáculos que detuviesen su marcha, y mandando á los cazadores de

su guardia que echasen pié á tierra y avanzasen los primeros en columna cerrada, hollando ellos y sus caballos la nieve y abriendo paso á los demás, él mismo trepó por la montaña á pié en medio de su guardia, y cuando se sentia fatigado apoyábase en el brazo del general Savary. Aun cuando el frío era tan intenso como en Eylau, no por eso dejó de atravesar el Guadarrama. Su proyecto era hacer noche en Villacastin, pero tuvo que pasarla en la pequeña aldea del Espinar, donde se alojó en una miserable casa de postas.... Al dia siguiente prosiguió á Villacastin, pero habia sucedido la lluvia á la nieve, y en lugar de hielos obstruian el camino los mas fangosos lodos. Los caballos se hundian en las inundadas tierras de Castilla la Vieja, como dos años ántes en las tierras de Polonia. La infantería iba avanzando á fuerza de trabajo, pero la artillería no podia moverse.... El mariscal Ney, que con dos divisiones formaba la vanguardia, no habia podido pasar de Tordesillas, á pesar de que llevaba dos dias de delantera. Cansado Napoleon de esperar, resolvió marchar él mismo á la vanguardia, á fin de dirigir los movimientos de sus diversos cuerpos, y asi lo verificó.... habiendo llegado el 26 á Tordesillas á la cabeza de sus cazadores. Allí recibió un despacho del mariscal Soult desde Carrion, etc.»

Mientras el ejército imperial pasaba en su marcha estos trabajos, relajábase la disciplina del inglés en



su retirada: los soldados cometieron lamentables excesos en Valderas y en Benavente, devastando en esta última villa el hermoso y antiguo palacio de los condes, y arruinando á su inmediacion el puente de Castro Gonzalo sobre el Esla. Habia encomendado Moore al marqués de la Romana la defensa del puente de Mansilla de las Mulas, camino de Valencia de Don Juan á Leon, sobre aquel mismo rio, para que los franceses no pudieran cercar al ejército británico: «lo cual, dice un historiador, era equivalente á solicitar de los españoles que se dejasen hacer trizas por salvar las tropas inglesas.» La poblacion fué sorprendida por el general Franceschi; y los españoles, menos dados que los ingleses á cortar puentes, porque les dolia más destruir las obras útiles de su pais, no cortaron el de Mansilla, forzáronle los franceses, mataron algunos centenares de los nuestros, cogieron artillería, hicieron mil prisioneros (29 de diciembre), y llegaron hasta Leon, persiguiendo á la Romana, el cual se apresuró á evacuar la ciudad y á retirarse á Astorga, donde el 30 se reunió al general inglés Moore, que acababa de llegar tambien de retirada desde Benavente. Para protegerla habia dejado en esta última villa todo el grueso de su caballería. El general francés Lefèbvre vadeó el Esla, con cuatro escuadrones de cazadores de la guardia imperial, y encontrando algunos destacamentos ingleses los cargó á galope acuchillando algunos soldados: mas re-

volviendo sobre él todo el grueso de la caballería británica y cortándole los pasos del rio, herido su propio caballo, fué él mismo hecho prisionero, con dos capitanes y otros sesenta ginetes. El general inglés estuvo muy galante con el célebre duque de Dantzick, convidándole á su mesa y regalando un magnífico sable damasquino al ilustre prisionero. Esta fué la única ventaja que logró el ejército inglés en aquella retirada, memorable por lo desastrosa, como ahora vamos á ver.

Dado el caso de no atreverse á esperar al enemigo y á probar fortuna en un combate, hizo bien el inglés en darse prisa á dejar á Astorga; porque en direccion á esta ciudad marchaban con toda la rapidez que permitia el estado fangoso de los caminos, por Sahagun y Leon el mariscal Soult, por Valderas y Benavente el mismo Napoleon, reuniéndose en Astorga del 1.º al 2 de enero (1809) ochenta mil hombres, de ellos diez mil ginetes. Moore y la Romana la habian abandonado la víspera (31 de diciembre). Lastimoso era el cuadro que presentaban los ejércitos inglés y español, cada cual por su estilo. Las tropas españolas escasas de todo, despeadas, andrajosas y medio desnudas; las inglesas perdido lo único que las hacia respetables, la disciplina; entregadas al desorden, al pillage y á la embriaguez; escondiéndose en las tabernas y en las bodegas de las casas; abandonando los numerosos carros que conducian su in-



menso material, y matando los caballos cansados para que no pudieran servir al enemigo; sin hacer caso de las proclamas de su general, é irritando y haciéndose odiosos á los españoles, que exclamaban: «¿qué amigos son estos que dicen han venido á defendernos, y saquean nuestras casas y destruyen nuestras obras públicas y queman nuestras poblaciones?»

Servíanse unos á otros de embarazo en la retirada. Ni el marqués de la Romana habia querido refugiarse á Astúrias como pretendió Moore que lo hiciese, ni Moore quiso defenderse en la cordillera de montañas que divide Astorga del Vierzo, como la Romana le proponia. Lo que hizo el general inglés fué escoger para su retirada el hermoso y ancho camino real que va por Manzanal y Villafranca á Lugo, y dejar al español el escabroso y ágrío de Fucebadon, cubierto además de nieve, por donde no era posible arrastrar la artillería, que se perdió en los abismos de las montañas. Ni aun aquel mal camino nos dejaron libre los ingleses, interponiéndose la division de Crawford, ansiosa de entrar en Galicia para ganar el puerto de Vigo y embarcarse. Una de las nuestras fué alcanzada por los franceses en Turienzo de los Caballeros, y cogida una buena parte de ella. La Romana con las restantes se metió en el valle de Valdeorras, y dejando una corta fuerza en el puente de Domingo Florez, situó su cuartel general en la

Puebla de Tribes. Los ingleses, despues de cometer en Bembibre escesos y estragos abominables, alcanzados en Cacabelos por la vanguardia del mariscal Soult que los iba acosando, empeñada alli una refriega en que pereció el general francés Colbert, distinguido por su arrojo y apostura, llegaron el 2 de enero á Villafranca, donde renovaron sus demasías, saqueando casas y almacenes, y obligando á Moore á fusilar en el acto á los que cogia infraganti. En el camino de Lugo llegó á su colmo el desórden; dinero y vestuario que iba para la Romana fué arrojado á un despeñadero; heridos y enfermos eran abandonados; asombran las relaciones que de aquella espantosa retirada dejaron hechas los mismos ingleses. Paróse Moore en Lugo hasta el 8 de enero para ver de rehacer su ejército. A las calladas partió aquella noche con un deshecho temporal de lluvias y vientos. Tuvo que detenerse otro dia en Betanzos para esperar los muchos rezagados, y por último el 11 dió vista á la Coruña, donde la falta de trasportes le hizo detenerse y le obligó á probar la suerte de una batalla. Con razon dijimos de esta retirada que fué memorable por lo desastrosa.

Dejamos á Napoleon en Astorga, donde habia entrado meditabundo y sombrío (2 de enero, 1809), á causa de un correo de Francia que en el camino le alcanzó, y que le trajo alarmantes noticias acerca de la actitud del Austria, las cuales, si bien no le



sorprendieron, movieronle á pensar en el resto de Europa y á formar ciertos planes. Y como ya no fuese necesaria su presencia para perseguir al fugitivo ejército inglés, encomendó su persecucion á Soult, reforzado con algunas divisiones de las que él mismo llevaba; y él, despues de descansar dos dias en el palacio episcopal, determinó regresar á Valladolid, donde entró la tarde del 6 de enero. Alojóse en el palacio llamado del Rey, é hizo venir inmediatamente á su presencia todas las corporaciones eclesiásticas y civiles, á las cuales recibió áspera y hasta desatentamente. Estrellóse en especial con el ayuntamiento, á uno de cuyos individuos despidió del salon porque se cortó en la arenga que quiso pronunciar para desenojarle, diciendo que entrára otro que supiera desempeñar mejor su oficio, y al cual sin embargo no trató con mas dulzura, despidiendo á todos con amenazas.

Fuese efecto del mal humor que las nuevas de Astorga le habian engendrado, fuese que quisiera intimidar castigando con rigor algunos asesinatos de franceses que en la ciudad se habian cometido, hizo prender á los concejales cuando ya se retiraban, é intimidarles que si para las doce de aquella noche no le daban cuenta de los asesinos de los franceses, haría ahorcar á cinco de ellos mismos de los balcones de las casas consistoriales. Contestaron los conminados con una entereza que contrastaba con su anterior

aturdimiento. Medió en este negocio el español don José Hervás, que ántes habia venido con Savary á Madrid, y ahora acompañaba á Napoleon. Era sin embargo inminente el peligro de los concejales, que se mantenian firmes; pero sacóles del conflicto un procurador llamado Chamochin, nombrado en aquellos dias corregidor interino, el cual, ó por congraciarse con el emperador, ó por otro particular motivo, denunció como motor de los asesinatos á un curtidor llamado Domingo. No se sabe si lo fué en efecto, mas por desgracia suya se encontraron en su casa algunas prendas de franceses. Prendiósele juntamente con dos de sus criados, y condenados todos tres á pena de horca, ejecutóse en los sirvientes, llegando al amo el perdon cuando estaba al pié del patíbulo, perdon que alcanzaron las lágrimas de su bella esposa, y los ruegos de Hervás, de varios generales, de los padres benedictinos, y de otras respetables personas que por él intercedieron. Comentóse mucho aquella manera de hacer justicia <sup>(1)</sup>.

(1) Además fueron ajusticiados otros. «He hecho prender aquí, escribia Napoleon á su hermano, doce de los mas bribones, y los he mandado ahorcar.»—Dio tambien el decreto siguiente: «Cuartel general de Valladolid.—Napoleon, emperador de los franceses, etc.—Considerando que un soldado del ejército francés ha sido asesinado en el convento de dominicos de Valladolid; que el asesino, que era un criado del convento, ha sido cobija-

do por los frailes: hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:—Artículo 1.º Los frailes del convento de San Pablo, dominicanos de Valladolid, sean arrestados, y lo estarán hasta que sea entregado el asesino del soldado francés.—Artículo 2.º Dicho convento será suprimido, y sus bienes confiscados y aplicados á las necesidades del ejército, y á indemnizar á quien correspondiera.»

Y á su hermano José le decia



Resuelto Napoleon á volverse á Francia, donde le llamaban atenciones graves, pero queriendo dejar arreglado el gobierno de España, llamó á los diputados de los tribunales y del ayuntamiento de Madrid, mandándoles traer consigo y mostrarle los libros en que constara el reconocimiento y jura de su hermano José. Recibiólos mas afablemente que á los de Valladolid, y díjoles que accediendo á sus deseos, dentro de pocos dias entraría su hermano en Madrid como rey. ¿Habria hecho eso Napoleon sin las novedades del Austria que le llamaban á otra parte? José habia quedado con el solo título de lugarteniente suyo, y Belliard gobernaba á Madrid en nombre del emperador. José entretanto se habia limitado á residir en el Par-

con fecha del 42: «La operacion que ha hecho Belliard es excelente. Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones. Mañana lo serán aquí por orden mia siete, cuya presencia tenia aterrados á los habitantes.... Forzoso es hacer otro tanto en Madrid. No deshaciéndose de un centenar de alborotadores y de ladrones, es como si nada hubiéramos hecho. De estos ciento mandad ahorcar ó fusilar doce ó quince, y envid luego los demás á los presidios de Francia. Yo no he tenido tranquilidad en mi imperio hasta que mandé arrestar doscientos vocingleros, y conducirlos á las colonias. Desde entonces el espíritu de la capital cambió, como se cambian los telones al sonido de un silbato.»

Y con fecha del 44: «Los al-

scaldes de córte de Madrid han perdonado, ó condenado solamente á presidio á los treinta bribones arrestados por Belliard. Es preciso que sean juzgados de nuevo por una comision militar y fusilar á los culpables. Mandad que los individuos de la Inquisicion y del Consejo de Castilla sean trasladados á Burgos, asi como los cien picaros que Belliard hizo arrestar.—Las cinco sextas partes de los habitantes de Madrid son buenas, pero las gentes honradas se exaltan movidas por la canalla... En los primeros momentos con especialidad creo necesario mostreis un poco de rigor con la canalla, porque ésta solo ama y estima á los que teme, y su temor puede por sí solo hacer que seais amado y estimado por la nacion entera.»

do y en la Florida, y solo los últimos dias se movió á Aranjuez á pasar revista á la primera division mandada por el mariscal Victor. Prudente y cauto, hacía estudio de congraciarse los españoles, elogiando el carácter nacional, adoptando sus colores y uniformes, y por último prefiriendo los españoles á los franceses para los empleos de palacio<sup>(1)</sup>. José estudiaba cómo hacerse rey español, con la posible independencia de su hermano, y que los españoles le aceptasen como tál. Así cuando por disposicion del emperador hizo su segunda entrada en Madrid como rey (22 de enero, 1809), en el discurso que pronunció en la iglesia de San Isidro contestando al del obispo auxiliar, se notó no haber pronunciado el nombre de Napoleon<sup>(2)</sup>. El emperador partió de Valladolid para París la noche del 17 de enero, recorriendo toda la distancia de Valladolid á Bayona á caballo, con extraordinaria y pasmosa celeridad. Por todas partes iba diciendo que solo tardaria unos veinte dias en volver<sup>(3)</sup>.

(1) Además de los ministros nombrados en Vitoria, españoles todos, á saber, Campo-Alange, O'Farril, Mazarredo, Cabarrús, (considerado ya hacia muchos años como español). Arribas, Azanza y Urquijo, el 20 de enero nombró capitán de guardias al duque de Cotadilla, hijo de Campo-Alange, gran chambelan al marqués de Valdecarzana, mayordomo mayor al duque de Frias, y gran maestro de ceremonias al

príncipe de Masserano.

(2) También fueron notables las siguientes frases de su arenga, propias para halagar á los españoles: «La unidad de nuestra santa religion, la independencia de la monarquía, la integridad de su territorio, y la libertad de sus ciudadanos, son las condiciones del juramento que he prestado al recibir la corona. Ella no se envilecerá en mi cabeza....»

(3) La víspera de su partida



Veamos la suerte que corrió el fugitivo y desorganizado ejército inglés, que dejamos el 11, dando vista á la Coruña.

Picándole siempre la retaguardia habia ido el mariscal Soult, aunque hay quien opine que no marchó con toda la actividad que hubiera podido. El 12 se presentó la vanguardia delante del puente de Burgo que los ingleses acababan de volar. Habian éstos tomado posición en las alturas del monte Mero próximas á la Coruña. Emplearon los franceses los días 13 y 14 en reparar y hacer practicable el puente destruido y en esperar las divisiones que iban llegando: los ingleses, habiendo entrado en las aguas de la Coruña los trasportes que con impaciencia aguardaban de Vigo, apresuráronse á embarcar los heridos y enfermos, el material y la artillería, á escepcion de doce cañones, ocho ingleses y cuatro españoles, que dejaron para el caso de empeñarse una acción. No faltó quien propusiera á Moore que capitulara con los franceses para poder embarcarse, al modo que aquellos lo habian hecho ántes en Cintra, pero Moore rechazó

dió la órden siguiente:—«Todas las ciudades ocupadas por el ejército francés, cuya población pase de dos mil habitantes, enviará á Madrid una diputación de tres individuos para llevar al rey el proceso verbal de haberle prestado juramento.—Toda ciudad de mas de diez mil habitantes enviará una diputación de seis miembros.—Toda ciudad de mas de veinte mil enviará nueve diputados.—Los obispos irán en persona: todos los cabildos enviarán una cuarta parte de sus canónigos: todos los conventos dos monges de su órden.—El mayor general trasmitirá las instrucciones necesarias para que los comandantes de las provincias hagan ejecutar esta disposición.»

dignamente la propuesta, resuelto á perder honrosamente la vida peleando ríciamente, como así sucedió. Los franceses habian cruzado el rio por el reconstruido puente, y el 16 ambos ejércitos, tomadas sus respectivas posiciones, se prepararon á la batalla. Constaba el de Soult de unos veinte mil hombres: el de Moore de unos diez y seis mil: estaban con éste los generales Baird, Hope, Fraser y Paget; con aquél Mermet, Merle y Delaborde.

La acción se empeñó atacando intrépidamente los franceses la derecha de sus contrarios, desalojándolos al pronto, pero siendo vigorosamente rechazados después. La pelea se estendió luego encarnizadamente en toda la línea: el pueblo de Elviña fué perdido y recobrado por unos y otros diferentes veces: herido el general Baird, y acudiendo Moore intrépidamente donde era mas ricio el combate, una bala de cañon que le atravesó la clavícula del hombro izquierdo dió con él en tierra; aun se incorporó, consolándole ver que los suyos ganaban terreno; pero hubo que retirarle, y á las pocas horas murió; lo cual fué tan glorioso para él como desastroso para los ingleses y para Inglaterra. Sucedióle Hope en el mando. La batalla duró hasta la noche, con pérdidas ríprocas, pero sin ventaja notable de una parte ni otra. Por la noche se retiraron los ingleses á la Coruña, resueltos á embarcarse, como lo verificaron en los días 17 y 18, ayudándoles con desinteresado celo los moradores de la